

Libros de historia y poesía:

Caldas, por Schumacher.

Los Comuneros, de Arciniegas.

Poemas, de Arias Ramírez, Raffán Gómez, Oscar Piedrahita.

Escribe: HELCIAS MARTAN GONGORA

Al sabio Caldas suele ubicársele en el equinoccio sicológico —donde los días son iguales a las noches—, más allá del bien en el mal, en un desarraigado territorio científico. Nada más lejano de la verdad histórica. Quien mantuvo las miradas fijas en las estrellas, también supo acercar su oído a la entraña vegetal del país, cuya flora estudió, lo mismo que nuestra geografía, con rendida pasión de amante. El naturalista caucano fue un patriota, en el cabal sentido de la palabra y rubricó, con sangre en el cadalso, su vocación de libertad. No empezó la discutida solicitud de indulto. Caldas prefirió seguir la suerte de sus compañeros, antes de aceptar la oferta de ser transferido, solo, a Quito, ciudad en la que, es muy posible, su condena hubiera sido conmutada por prisión perpetua o destierro. En este sesquicentenario de la independencia, todavía se escucha el eco de las palabras y de la bofetada que, doña María Asunción Tenorio, propinó al gobernador Sámano, por el incumplimiento de la promesa que le hizo de salvaguardar la vida del sabio: “¡Sois un villano! Habéis faltado a vuestra palabra empeñada a una mujer. ¡Por eso merecéis esto!”.

Débase a un payanés meritorio, médico ilustre erudito historiador y escritor disertador, a Gerardo Paz Otero, la traducción de la **Biografía Cultural del Sabio Caldas**, por Hermann A. Schumacher, quien, en 1872, desempeñaba las funciones de ministro

y cónsul general de Alemania, en Colombia. En el prefacio, advierte el traductor que este libro, editado dentro del cuerpo del N° 7 del "Boletín Cultural y Bibliográfico" de la Biblioteca Luis-Angel Arango representa un aporte evidente para captar mejor los antecedentes de la gesta libertadora y sus implicaciones en el proceso ideológico republicano. Al final de la obra de Schuma-cher, el doctor Alfredo D. Bateman, hace muy importantes aco-taciones, que contribuyen a darle mayor actualidad al trabajo del biógrafo tudesco, cuya trilogía suramericana incluye a Mutis y a Codazzi. También hay noticias de otro ensayo de Schuma-cher, que trata de la participación alemana en el descubrimiento de Venezuela. Ojalá que, alguien de la versación y el conocimien-to del idioma del doctor Paz Otero, acometiera la traducción de estos volúmenes, cuya divulgación vertiría nuevas luces sobre el claroscuro de la historia.

* * *

Faltaba en este año del sesquicentenario, el homenaje a José Antonio Galán y a los anónimos héroes del común, cuyos huesos y sangre fueron raíz y savia del árbol de nuestra libertad. Galán está en el escalafón de Tupac Amaru, el precursor incaico. La insurrección del Socorro, tenía la misma motivación económica de las protestas contemporáneas, frente a la tributación excesi-va y las alzas del costo de la vida. Galán, antes que un román-tico, enamorado del gobierno popular, configura el primer anti-alcabalero, brotado de la entraña del trópico. Su gesto humani-tario constituye permanente ejemplo para más de un sindicalista, extraviado en la maraña de los congresos internacionales de lí-deres obreros. Reuniones estas que solo cumplen una función turística, sin eco social ni proyección futura.

Historia y fábula se dan las manos, muy donosamente, en el libro de Germán Arciniegas, cuya reedición hay que agrade-cer a la Editorial Bedout, de Medellín. En **Los comuneros**, Ar-ciniegas traza el mural de la epopeya trunca, de la gesta frus-trada por la traición y la felonía, sobre el fondo purpureo los capitanes ajusticiados y el lívido resplandor con que la muerte aureolaba las cabezas de los capitanes, desprendidas del tronco rebelde.

El volumen del embajador de Colombia en Venezuela, como todas las obras suyas, tiene el don de la amenidad y exhibe la gracia de un estilo abierto al matiz lírico, al leve roce de la poe-

sía. Lo cual no excluye la intención polémica, ni la acerbía en el dibujo de rostros y de almas. Como acontece con el Arzobispo-Virrey Caballero y Góngora, con la figura de guiñol del generalísimo Bermeo, o el juego de luces y de sombras que prodiga en torno al perfil del Marqués de San Jorge.

* * *

Félix Raffán Gómez, el impar perilustre, acaba de lanzar, en discreto facsímil, sus **Poemas de puño y letra**. Raffán Gómez, poeta por la gracia del sol y del Valle del Cauca, igual que Ricardo Nieto, se da con la misma claridad de los ríos que surcan la comarca nativa. Lo obsede sí, el afán de síntesis, de las cristalizaciones verbales, en las que alcanza sus aciertos. Especialmente, al definir orquídeas y rosas rojas; o al captar, sin sombras, el paisaje rural, la catarata andina. La cual, escrito sea de paso, debiera substituir, en el escudo, al perdido Istmo de Panamá. Quede aquí su memorable micropoema al Tequendama:

*Suelta el cabello del río
su blanca trenza de espuma
y va encendiendo la bruma
su ceguera en el vacío;
y el alma al pie del abismo
siente frío.*

* * *

En carta plena de sinceridad, otro poeta se confiesa con el amigo. Son suyas estas palabras claves: “No creo que sea la ocasión en que el poeta joven latinoamericano se obseda en la contemplación de la rosa, cuando lo asedia la llaga; de que cante a lo bello, equivalente a lo justo, cuando la injusticia lo asalta a la vuelta de la esquina”. He aquí el testimonio y la denuncia de un escritor, que resolvió “torcerle el cuello al cisne de engañoso plumaje”, después de haber oficiado en los altares de Apolo, con inicial fortuna. Cada palabra aparece, así, respaldada por un fondo de amargura humana que desemboca en cólera social. En la ira santa de los profetas del Antiguo Testamento.

Se puede y se debe disentir del tratamiento que da Oscar Piedrahita, a su grito. Sin aceptar el juego verbal de no ser “un poeta que escribe poesía social, como se ha dicho, sino un socialis-

ta que escribe versos". Poeta fue, es y será Oscar Piedrahita, porque de este cruento don de los dioses, no se abdicó, sino a trueque de vida o muerte. Esté el poeta ubicado en la trinchera de los anarquistas o se refugie en su hipotética torre de marfil. Tanto en sus libros anteriores, como en este memorial de agravios, antiimperialista y anticonvencional, encendido y osado, hay pruebas de la capacidad lírica del joven poeta. Como en aquel de los "Cantos de Dioneo", escrito en la pausa rilkeana de un "sábado":

*Vivimos llenos
de pequeñas muertes
muertes elementales
juegos a muerte
de la vida*

*clavos que nos desgarran
para sanar de nuevo
claudicaciones
pústulas
oscuras grietas
que se nos abren de pronto
ventanas
de la ausencia absoluta*

*avaros
ambiciosos
insaciables
lo único que nos dura
es ese olor a muerte
que traemos desde la cuna.*

* * *

En su tarjeta de presentación, ¿por qué no, dada su extensión y contenido, historia clínica o memorial de agravios?, Javier Arias Ramírez se autosicoanaliza, en una suerte de confesión tardía, que haría ruborizarse al papel, si ya no se le hubiesen adelantado los nadaístas, en esta clase de explosiones verbales, en las que Gonzalo Arango detenta el campeonato. Humor negro, que destila cinismo, cuando a sus padres se refiere. He aquí una píldora antiburocrática, tomada del botiquín de Javier: "Nunca he desempeñado cargo público, ni nadie ha votado por mí. He preferido vivir de mis amigos a ponerme amarillo o a temerle a un cambio de gobierno".

A trueque de la anécdota, interesa más la poesía de Arias Ramírez. Del barroco inicial de su **Grito de arterias** a **Una memoria escucho**, hay un largo trayecto de superación verbal. Ahora, la voz alcanza la dimensión de la elegía, en un momento profundo que tiene, a veces, la frescura vegetal de la égloga. Como en aquella escrita a la vera de Tincachoque, mientras Nieves Niño, aparece “siempre inclinada sobre el mismo libro / ilustrado por Dios todos los días / con las flores silvestres...”.

La lectura de Rimbaud y Sain-Exupery, al par que el contacto con poetas nacionales de tanta entidad como Juan Lozano y Lozano, Luis Vidales y Germán Pardo García, han dado a la obra más reciente de Arias, el sello de una originalidad decantada. Lejos del tumulto, en la soledad redentora, tatuado por las sombras, Javier rescata los fuegos pretéritos: “Noches que vienes con tus redes altas / llenas de luna y diminutos peces / en un verano de infinitos soles”.

Mas la vocación de marinero inconcluso, amarrado a los muelles de asfalto de las ciudades mediterráneas, se traduce en buceo constante de metáforas, en una sed de puertos desconocidos. La nostalgia de infinito, en su gesto interrogante, entraña la posibilidad de encontrar la ruta metafísica de la salvación. El hombre, ante el mar, se configura en delta del misterio: “A tus estuarios llegan desbocados / potros fluviales, ríos que te habitan / y eres espejo donde Dios se asoma / cuando se le dilatan las pupilas”.

Una memoria escucho, es un hermoso volumen, escrito entre la confesión pública y la confidencia. Del autor, en el epicentro de la función creadora, se pueden esperar nuevas y colmadas cosechas. Porque Javier Arias tiene fe en sí mismo, a pesar del cerco diario de la agonía: “Por eso creo en la verdad del canto / aunque nadie se acerque a mi canción”.